

LA AUTORA DE LA *ODISEA*



Samuel Butler

LA AUTORA de la *ODISEA*

dónde y cuándo la escribió,
quién fue, cómo se sirvió de la *Ilíada*
y cómo el poema creció entre sus manos

Prólogo de Alberto Marina Castillo
Traducción de Miguel Cisneros Perales

ENSAYO

ATHENAICA
EDICIONES

ATHENAICA EDICIONES

Primera edición: noviembre, 2022

© del prólogo: Alberto Marina Castillo

© de la traducción: Miguel Cisneros Perales

Ilustración de frontispicio:

Nausícaa (Musa Polimnia, Accademia Etrusca di Cortona).

Fotografías e imágenes de interiores:

E. Shaffer, *Erewhons of the Eye: Samuel Butler as Painter, Photographer & Art Critic*, Reaktion Books, Londres, 1988; *The Note-Books of Samuel Butler*, Dutton, Nueva York, 1917; Samuel Butler, *The Authoress of the 'Odyssey'*, Fifielfield, Londres, 1897, y Jonathan Cape-Dutton & Co., Londres-Nueva York, 1925

© Milhojas, Sociedad Cooperativa Andaluza, 2022

c/ González Cuadrado, 46, 1A. 41003 Sevilla (España)

www.athenaica.com

athenaica@athenaica.com

Imprime: Kadmos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada, salvo excepción prevista en la ley, con la autorización de sus titulares. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

DEPÓSITO LEGAL: SE-2036-2022

ISBN: 978-84-18239-64-9

ÍNDICE

Nausícaa de Trapani: esplendor y fortuna de una idea peregrina, <i>por Alberto Marina Castillo</i>	13
Nota del traductor, <i>por Miguel Cisneros Perales</i>	73

LA AUTORA DE LA ODISEA

Prefacio.	79
Índice de imágenes.	85
CAPÍTULO I. La importancia de la cuestión homérica. Los pasos que me llevaron a esta conclusión. La multitud de mujeres poetas en la Grecia arcaica descarta <i>a priori</i> cualquier objeción. Las musas y Minerva como adalides de la literatura. El hombre, más que la mujer, como advenedizo	87
CAPÍTULO II. El relato de la <i>Odisea</i>	102
LIBRO I. <i>La asamblea de los dioses. — Telémaco y los pretendientes en la casa de Ulises</i>	107
LIBRO II. <i>Asamblea del pueblo de Ítaca. — Telémaco parte hacia Pilos.</i>	110
LIBRO III. <i>Telémaco en la casa de Néstor</i>	113
LIBRO IV. <i>Telémaco en la casa de Menelao. — Los pretendientes deciden emboscarlo a su vuelta y asesinarlo</i>	115
LIBRO V. <i>Ulises en la isla de Calipso. — Abandona la isla en una balsa y, después de grandes penalidades, llega a la tierra de los feacios</i>	119
LIBRO VI. <i>El encuentro entre Ulises y Nausícaa</i>	121

LIBRO VII. <i>Las maravillas de la casa del rey Alcínoo. — La reina Arete quiere saber de dónde ha sacado Ulises su túnica y su manto, porque sabe que los hizo ella. — Ulises se explica</i>	125
LIBRO VIII. <i>Los feacios celebran unos juegos y un banquete en honor a Ulises</i>	128
LIBRO IX. <i>Los viajes de Ulises. — Los cicones, los lotófagos y el cíclope Polifemo</i>	133
LIBRO X. <i>Eolo. — Los lestrigones. — Circe</i>	138
LIBRO XI. <i>Ulises en la casa de Hades</i>	141
LIBRO XII. <i>Las sirenas. — Escila y Caribdis. — El ganado del Sol .</i>	146
LIBRO XIII. <i>Los feacios devuelven a Ulises a Ítaca.</i>	150
LIBRO XIV. <i>Ulises en la cabaña de Eumeo.</i>	154
LIBRO XV. <i>Telémaco regresa de Pilos y al desembarcar se dirige a la cabaña de Eumeo.</i>	157
LIBRO XVI. <i>Ulises y Telémaco se reconocen.</i>	161
LIBRO XVII. <i>Telémaco va a la ciudad, seguido por Eumeo y Ulises, a quien maltratan los pretendientes.</i>	164
LIBRO XVIII. <i>Ulises e Irus se pelean. — Los pretendientes ofrecen regalos a Penélope y maltratan a Ulises</i>	170
LIBRO XIX. <i>Ulises conversa con Penélope y Euriclea lo reconoce . .</i>	174
LIBRO XX. <i>Ulises conversa con Eumeo y con su caporal Filetio. — Los pretendientes vuelven a maltratar a Ulises. — Teoclímeno predice la muerte de los pretendientes y abandona la casa</i>	179
LIBRO XXI. <i>La prueba del arco y las hachas</i>	184
LIBRO XXII. <i>La matanza de los pretendientes</i>	187
LIBRO XXIII. <i>Penélope baja para encontrarse con Ulises y, una vez se convence de que es su marido, se retira con él a su antiguo dormitorio. — Por la mañana, Ulises, Telémaco, Filetio y Eumeo van a la casa de Laertes.</i>	194
LIBRO XXIV. <i>Los fantasmas de los pretendientes en el Hades. — Ulises visita a su padre. — Los amigos de los pretendientes atacan a Ulises. — Laertes mata a Eupites. — Se establece la paz entre Ulises y el pueblo de Ítaca</i>	197

CAPÍTULO III. La preponderancia de las mujeres en la <i>Odisea</i> . .	203
CAPÍTULO IV. Celo por el honor y la dignidad de la mujer. Rigurosidad contra aquellas que han deshonrado su sexo. Amor por las pequeñas observancias religiosas. Sobre el rezo. Sobre las mentiras piadosas y los teatrillos. Sobre salirse con la suya. Y sobre el dinero	215
CAPÍTULO V. Sobre la cuestión de si se blanquea o no a Penélope.	225
CAPÍTULO VI. Más apuntes sobre el carácter de Penélope. — El viaje de Telémaco a Lacedemonia.	235
CAPÍTULO VII. Más pruebas de que la autora es una mujer — joven — cabezota — y soltera	245
CAPÍTULO VIII. Sobre el hecho de que Ítaca y Esqueria estén ambas inspiradas en Trapani y sus alrededores	265
CAPÍTULO IX. Las islas Jónicas y Egadas. — Se demuestra que los viajes de Ulises consisten prácticamente en dar la vuelta a Sicilia desde Trapani hasta Trapani	284
CAPÍTULO X. Más detalles sobre los viajes de Ulises, con el objetivo de confirmar mi teoría de que principalmente consistieron en rodear Sicilia, comenzando y terminando en el monte Erice y Trapani	301
CAPÍTULO XI. ¿Quién fue la autora?	315
CAPÍTULO XII. La fecha del poema y una comparación entre la descripción que se ofrece en la <i>Odisea</i> de la parte noroccidental de Sicilia con lo que cuenta Tucídides sobre los primeros tiempos conocidos del mismo territorio	326
CAPÍTULO XIII. Nuevas pruebas a favor de un emplazamiento jónico antiguo en o cerca de Trapani.	344

CAPÍTULO XIV. Que la *Ilíada* que conocía la autora de la
Odisea era la misma que nos ha llegado a nosotros 352

CAPÍTULO XV. La *Odisea* en relación con los demás poemas
del ciclo troyano y su desarrollo en las manos de la autora . . 373

CAPÍTULO XVI. Conclusiones 387

NAUSÍCAA DE TRAPANI:
ESPLENDOR Y FORTUNA DE UNA IDEA
PEREGRINA

ALBERTO MARINA CASTILLO

ἐπίσχεξ. οὐ γυναικὸς ἐστὶ φωνὴ ῥαψωδούσης τι τῶν Ὀμήρου;
(¡Alto! ¿No es la voz de una mujer recitando algo de Homero?)

LUCIANO DE SAMÓSATA, *Los fugitivos*

Esto no es más que un sueño; apenas se puede hacer
algo más que soñar sobre tiempos tan lejanos.

SIMONE WEIL, «La *Ilíada* o el poema de la fuerza»

Homer is more an aspiration than a person.

T. E. LAWRENCE, carta a Bruce Rogers
16/4/1928, R.A.F., Karachi, India

La culpa de todo la tienen, en orden estrictamente cronológico, Nueva Zelanda, un Handel sin *umlaut* y la encantadora Circe. El archipiélago oceánico, porque un viaje que —como veremos— bien podría haber resultado fatal permitió en cambio a Samuel Butler llevar la vida ciertamente desahogada del veraneante perpetuo y acabaría conduciéndolo hasta Sicilia, no menos insospechadamente que en el caso de los Lidenbrock que en *Viaje al centro de la tierra* se sumergían en las profundidades del volcán Snæfellsjökull, en Islandia, para ser escupidos luego a la superficie por el Estrómboli, en pleno Mediterráneo. El compositor —a quien dedicó Butler un poema que comienza: «Oh, padre

de mi pobre música...» [*Handel*, en *NB* 398]—, por infundir en él y su compinche Henry Festing Jones la pasión por la música e inspirarles el oratorio *Ulysses*, que a su vez llevaría a nuestro autor a releer y finalmente traducir a Homero (y a «la que no es Homero»). La hechicera hija del Sol, en última instancia, por haber desempeñado en la vida de aquel heterodoxo coetáneo de la reina Victoria un papel crucial, tan decisivo como resultaría el encuentro con el héroe mismo de la *Odisea*:

No fue hasta que llegué al episodio de Circe que alumbré la idea de que no estaba leyendo la obra de un hombre viejo, sino la de una mujer joven, y de una que no sabía mucho más sobre lo que los hombres podían o no podían hacer que sobre ordeñar ovejas, tal y como descubrí en la cueva de Polifemo... [AO]

De manera que es en la isla de Eea, en el selvático palacio de la diosa, donde Samuel Butler concibe la teoría que da título a *La autora de la 'Odisea': dónde y cuándo la escribió, quién fue, cómo se sirvió de la 'Ilíada' y cómo el poema creció entre sus manos*, libro que tienes, lector (o lectora), entre manos. Por otro lado, recordemos que los consejos que recibe Odiseo (a quien acaso reconocemos mejor con su nombre latino Ulises) de la ninfa encaminan al fin al muy asendereado héroe hacia el hogar, aunque deba aún superar algunas pruebas, conocer el amor de otra diosa, consumir «la debida labor de la venganza» y, antes que nada, pagar el terrible aunque esclarecedor peaje de la *katábasis*: el descenso a los infiernos y la entrevista con los fantasmas, que acuden a beber la sangre del sacrificio, y en especial con la sombra de su madre Anticlea y del adivino Tiresias, que ha de revelar algo de lo por venir. Es determinante, pues, y así lo percibe Butler, el encuentro del mortal (*brotos*, en griego) con esta solitaria diosa que ha alimentado la imaginación de los artistas: Circe encandila, por aquellas mismas fechas, a sus contemporáneos Burne-Jones (la amante y la artista, Maria Zambaco o Rebecca Solomon como modelos para *The*

Wine of Circe) y, sobre todo, John W. Waterhouse, que la retratará —casi me atrevo a la redundancia de escribir que la *inmortalizó*— ofreciendo sus brebajes al héroe. La gran Jane Ellen Harrison, feliz detractora de Butler y sus teorías (los dos se encontrarán en Atenas unas páginas más abajo) aunque lectora entusiasta de Bachofen y sus tesis sobre el matriarcado, repara asimismo en las cualidades ciertamente únicas de la Circe odiseica:

Muchas naciones, dispersas a lo largo y ancho del globo, han contado la historia de la hechicera que vivía en el bosque, cómo mediante su magia convertía a los hombres en bestias. Solo el poeta griego ha logrado suavizar los rasgos repulsivos de la historia y conferir a la malvada bruja la gracia y la dignidad propias de una diosa bella y poderosa.

(*Myths of the Odyssey in Art and Literature*, p. 63)



John W. Waterhouse,
Circe ofreciendo la copa a Odiseo (1891).

Otro insigne coetáneo, John Ruskin (quien, según Penelope Fitzgerald, había encargado a Burne-Jones la mencionada pintura), opone al de las aniquiladoras sirenas el poder de Circe, que estribaría en «un abierto y pleno goce vital» del que disfrutarían incluso las bestias salvajes que la rodean, que han caído víctimas de sus hechizos pero comen de su mano nutricia y conviven en paradisiaca armonía. No imaginamos, por otra parte, a nuestro autor disconforme con los rasgos que va adoptando la diosa en otro siglo, como esa Circe salaz que «esgrime un argumento» en el poema de Silvia Ugidos, que leeremos más adelante, ni indiferente ante la voluptuosa señora de las fieras que dibujara Georges Pichard a finales de los sesenta, cómic perseguido por una censura que asoma aquí y allá la testa monstruosa del Polifemo de Odilon Redon... No extraña, pues, la fascinación de Butler por una figura cautivadora que, no en vano, señaló al héroe el camino a seguir y que revelará al autor victoriano su tesis peregrina, a cuya demostración dedicará sus últimos diez años de vida y exploraciones: «the most important thing that I have done», como escribe a J. E. B. Mayor el 27 de julio de 1897 [Jones 273]. Lo que sí extraña —a este lector al menos— es que Samuel Butler no se detuviera más tiempo en Ogigia, la isla de Calipso, donde Ulises permanecerá unos siete años y de la que marchará, según nuestro autor, por exigencias del guion: «Llevaba un año entero con Circe, pero si no llega a ser por las quejas de sus hombres quién sabe cuánto tiempo se habría quedado. Estuvo siete años con Calipso y parecía que se encontraba muy a gusto con ella hasta que las exigencias del poema hicieron necesario que regresara a Ítaca» [AO].

Se limita a identificar —eso sí, con inigualable gracia analítica— Ogigia como la volcánica Pantelaria: la Autora habría optado por esta «isla que el gobierno italiano ha elegido por el mismo motivo, como lugar de reclusión, la isla de Pantelaria» [AO], y añade que Calipso, a la que considera casi como un calco o doble de Circe, «solo se enfada un poco cuando la obligan a dejar marchar a Ulises. No parece que le rompa el corazón, ni

mucho menos» [AO]. Ignoro si existe algo parecido a una «sensibilidad contemporánea» (suena a uno de esos lugares comunes que arruinaría sin esfuerzo la prosa de Léon Bloy), pero apuesto a que ustedes, lectores de su tiempo, se inclinarían a pensar de otro modo al leer el lamento de Calipso dirigido a los dioses supremos, tras recibir el mandato de Zeus de dejar marchar al amado Ulises, en el canto quinto o épsilon de la *Odisea*:

Sois sañudos, ¡oh dioses!, no hay ser que os iguale en envidia,
no sufrís a las diosas que yazgan abierta y lealmente
con mortales si alguno les place de esposo. Tal viose
cuando a Orión raptó Aurora de dedos de rosa: irritados
estuvisteis, ¡oh dioses de fácil vivir!, hasta el día
que en Ortigia la casta Artemisa, de trono de oro,
lo abatió disparando sus blandas saetas; y cuando
la de hermosos cabellos, Deméter, cediendo a su gusto,
se enlazó con Jasión en amor sobre el haz del barbecho
roto ya por tres surcos y Zeus, no más descubrirlos,
lo dejó muerto a él descargando su fúlgido rayo.
De ese modo ahora a mí me envidiáis el amor de ese hombre
que yo misma salvé cuando erraba señero a horcajadas
sobre un leño, pues Zeus con el rayo fulgente le había
destrozado el ligero bajel en mitad del purpúreo
océano; perdidos sus buenos amigos, a él solo
arrastrado a estas playas trajeron las olas y el viento;
yo acogida y sustento le di y entre mí meditaba
el hacerlo inmortal, de vejez eximido por siempre;
mas, pues orden de Zeus que embraza la égida nunca
la podrá quebrantar ningún dios ni dejarla incumplida,
marche luego ese hombre si aquel le compele y le lanza
por el mar infecundo; mas no seré yo quien le envíe,
pues no tengo ni naves con remos ni amigos que ayuden
su camino en el dorso gigante del mar. Mis consejos
le daré, sin embargo, propicia, ni habré de encubrirle

cosa alguna que sirva al arribo feliz a la tierra
de sus padres.

(*Odisea*, V, 118-145, trad. Pabón)

Vuelvo a leerlo y sigo echando en falta, en el prolijo argumentario de Butler a favor de la autoría femenina, este hermosísimo pasaje... Nuestro autor se detiene, eso sí, aunque muy brevemente sobre un momento posterior: «Los celos que Calipso siente por Penélope (V, 203, etc.) están descritos con demasiada delicadeza como para ser obra de un hombre. Un hombre los habría exagerado» [AO], pero esta diosa cautivadora, equiparada por algunos con la Siduri del *Poema de Gilgamesh*, no representa para Butler mucho más que la sombra o *Doppelgänger* de Circe. Los versos citados sí que parecen, con todo, haber dejado huella en otros. Por poner dos ejemplos separados en el tiempo y de muy distinto rumbo, recordemos que en su *Historia verdadera* Luciano de Samósata (s. II d. C.) narra entre otras fantásticas peripecias el descenso al Hades de su protagonista, que llegará a conocer al mismísimo Homero y también a Odiseo, quien a escondidas de Penélope (de su fantasma) le confiará una carta para ser entregada a Calipso, en Ogigia; antes de entregarla, el navegante interestelar lucianesco no puede evitar echarle un ojo al escrito, donde Odiseo se sincera: «Ahora estoy en la Isla de los Bienaventurados, totalmente arrepentido de haber dejado mi vida junto a ti y la inmortalidad que me ofreciste. Si se me presenta la ocasión, correré a reunirme contigo» (2.35).

Mucho más tarde, las palabras de Calipso acerca de la envidia (casi impronunciable para nosotros el griego *phthonos*) de esos dioses que no toleran los amores de ellas, sus congéneres, con mortales, habrán de aflorar en Calderón de la Barca, pues en *El mayor encanto, amor* (1637) hace hablar a su desconsolada Circe de otra suerte —acaso no muy distinta— de misógino desdén, en esta ocasión de los hombres hacia las mujeres «enseñadas», en términos que recuerdan a la citada réplica de la diosa de Ogigia: